

derarme de la Casa de la Ciudad, vos con dos mil hubiérais podido llevar los gobernantes á Mazas. Y Milliere, lejos de traerlo, cuando su batallon se presentó y se formó en batalla delante de la Casa de la Ciudad, lejos de emplearlo, se entretuvo en disuadirlo, y logró que se retirara dando por pretexto el temor á gravísimos peligros.

Mientras tanto, Picard reunia con trabajo la Guardia nacional. Despues de mucho tiempo, pudo encontrar el batallon ciento seis, que volvia de dar guardia á las fortificaciones, y lo encaminó al antes Palacio y ahora prision del Gobierno.

Los tiradores que Flourens habia dejado á la puerta, creyeron que aquella Guardia nacional iba en su auxilio, y le franquearon abiertamente la verja. En cuanto los recién venidos subieron á la sala, gritaron: «abajo la Comunidad revolucionaria.» Flourens es amenazado de muerte; mas permanece sereno en su puesto. Hay en París un tipo completamente desconocido en Madrid, el tipo de lo que se llama *suizo de iglesia*. Es un hombre corpulento, fornido, rollizo, de buena presencia, con calzon corto, zapato de hebilla argentada, larga chupa, empolvada peluca, sombrero de tres picos, grande bandolera al hombro, brillante cadena al cuello, y una maza pesadísima en la mano, destinado con todos estos arreos á impedir las irreverencias y expulsar á los perros. Pues bien, uno de estos suizos, cogió á Trochu, medio lo disfrazó, y se lo llevó en hombros á la calle. Julio Ferry, como más jóven y más ágil, saltó por encima de la mesa y se puso en cobro. Cuando Julio Favre iba á escaparse, lograron los tiradores de Flourens expulsar al batallon recién venido, y volvió el dictador á ejercer en calma sus facultades.

En medio de todo, la noche del 31 de Octubre pasó tranquilamente. Los vencedores de un momento se creian vencedores por toda una eternidad. Es una supersticion, ya antigua en Francia, que teniendo la Casa de la

Ciudad se tiene toda la capital; y que teniendo toda la capital se tiene toda la nacion. Seguros en su santuario, curábanse poco del resto de aquella inmensa organizacion que aventaja en grandeza y en importancia á muchas nacionalidades. Así, conforme iban llegando los batallones en su socorro los iban despidiendo, como si ninguna nube empañara el horizonte de sus esperanzas. Mas uno de los mismos miembros del Gobierno, el viejo Blanqui, antigua planta de las prisiones políticas, podia haberles dicho el aspecto de la poblacion y el enardecimiento de los ánimos, cuando sin respeto á sus años revelados en sus blancas canas, le persiguieron, le golpearon, le oprimieron la garganta con su propia corbata hasta el punto de dejarlo ya sobre una banqueta cual un cadáver que se entrega á la caridad pública. Flourens dice en sus *Memoorias*, escritas con una grande franqueza, que Blanqui sólo bebió un vaso de agua, que él sólo tomó algunas sopas en vino, que sus cuarenta tiradores sólo aprovecharon el rancho dispuesto para los movilizados bretones, y que los reaccionarios de todos matices los calumniaron al suponerlos capaces de pasar aquella noche tremenda en una cena babilónica destapando botellas y comiéndose las conservas y los arenques allí guardados.

En cinco horas Trochu, como gobernador militar de la plaza, y Ferry como gobernador civil, reunieron del ejército de línea y de la Guardia nacional tanto número de tropas que bastaban á expugnar y á rendir una verdadera fortaleza. Pues dos revolucionarios, tan ardiente el uno como Flourens, tan experimentado el otro como Blanqui, apenas tomaban resolucion alguna para conjurar aquel inmenso peligro. Desconocedores por completo de su sociedad y de su tiempo, tan desconocedores como los mismos absolutistas, dos tradiciones les clavaban á sus asientos del improvisado Gobierno: primera, la de que podia repetirse un cambio de decoracion tan rápido como el 4 de Setiembre; segunda, la

de que bastaba instalarse en la Casa de la Ciudad para tener á todo París y con París á toda Francia.

Para probar cuán inocentes eran estos hombres, tenidos por tan temibles, baste decir que ignoraban del nuevo París aquello que por divulgado y sabido pasaba á ser antiguo. Cuando recorríais sus interminables calles, cuando visitábais sus colosales monumentos, los ménos expertos é industriados en el estudio y guia de la ciudad, solian deciros, sobre todo si os quejábais de las líneas demasiado largas, del aspecto demasiado monótono, de la distribucion demasiado uniforme que el nuevo París obedecia á planes artísticos é higiénicos; pero sobre todo, y ante todo, á planes militares. Aquellas largas líneas convergian á puntos céntricos. En estos puntos céntricos se levantaban magníficos cuarteles. Cerca de cada uno de los edificios consagrados por la historia como otros tantos montes Aventinos de París, como otras tantas piedras miliarias donde se agarraban las tempestades, habia un gran cuartel semejante á una fortaleza. Cuartel entre la plaza del Carroussel y la plaza del Palais-Royal, célebres por las jornadas de Agosto, que derribaron la monarquía de Luis XVI, y por las jornadas de Febrero, que derribaron la monarquía de los Orleans. Cuartel en la grande línea de los Boulevares para tener dominada aquella espina dorsal de la gran ciudad. Cuartel en la isla de Francia para caer con la celeridad del rayo en el barrio latino. Cuartel cerca de los muelles de Voltaire y de Orsay para acudir al Cuerpo legislativo. Cuartel detrás del sitio más importante y más temido, el hotel de Ville, el Consistorio, la Casa de la Ciudad.

Y despues que os habian pintado extratógicamente á París con sus grandes cuarteles y sus largas líneas, os decian que todo estaba minado, que bajo la ciudad superior habia otra ciudad subterránea, y que los cuarteles y los monumentos á que estaban abs-

B.

critos se comunicaban por hondas galerías que franqueaban paso libre al soldado en las sombras, aunque al aire y al sol hubiera una de las más pavorosas y más grandes entre las revoluciones posibles.

Imaginaos qué revolucionarios expertos y temibles ambos, cuando ignoraban ellos, consagrados á la conjuracion y á la guerra de las calles, todos los resortes, todas las sorpresas, todas las trampas de defensa, todos los inventos y extratagemas de Napoleon III, ideados contra ellos y sabidos hasta de las gentes vulgares. Así Flourens y Blanqui se parecen durante toda aquella noche del treinta y uno de Octubre al protagonista de la Pata de Cabra, á cuyo soplo no se apagan las luces, á cuyos ojos se rien y gesticulan los retratos; que ve salir bajo sus plantas gigantes endriagos, y tornarse sus gorros de dormir en globos aereostáticos. Para comprender mejor esta situacion verdaderamente cómica de los dos terribles demagogos, no hay sino hojear las Memorias mismas de Flourens, escritas con la mezcla de candor y de exaltacion que hacen de este jóven extraordinario, al par un niño y un héroe.

Los que llegaron á constituir la comision de gobierno, fueron ya á las altas horas de la noche estos: Flourens, Rauvier, Blanqui, Milliere, Delescluze y Mottu. Convocaron los batallones republicanos para defender su gobierno y el santuario de su gobierno. Enviaron parte de sus amigos á tomar posesion de las alcaldías y otra parte de los fuertes. A la una de la mañana le traen prisioneros cuatro movilizados bretones, con un sargento á la cabeza, que de pronto habian aparecido en el cuerpo de guardia de los tiradores de Flourens, como las monjas por el acto tercero del *Roberto*, por escotillon. «Esta Casa de la Ciudad, dice el mismo Florens, está aparejada como el tablado de una escena; no se encuentran sino trampas y subterráneos; no se ven sino escondites y puertas falsas.» Y más abajo: «Pero estos hombres, (los movilizados

142

del escotillon), no eran ¡ay! sino la vanguardia de dos batallones completos que en este mismo instante penetraban por las bodegas de la Casa de la Ciudad. Ignoraba por completo la existencia del subterráneo que liga la Casa de la Ciudad con el cuartel Napoleon. De haberlo sabido lo hubiera inundado.»

¿Qué defensa cabe despues de sucedido todo esto? Los revolucionarios quedaron aislados; sin el asentimiento de la ciudad, que si bien indignada contra sus gobernantes, temia mucho más á sus herederos forzosos; sin el auxilio de la Guardia nacional que estaba en su inmensa mayoría por la conservacion del orden y por el respeto á las autoridades constituidas, pues de otra suerte París se tornaba en una inmensa Babel, necesitaba de entregarse como último refugio, á sus mismos sitiadores. Una convocatoria se habia dirigido el treinta y uno de Octubre á las cinco de la tarde á todos los oficiales de la Guardia nacional. Una reunion se celebraba alanoche en el inmenso salon de la Bolsa. Más de doscientos oficiales de la Guardia nacional se congregaban. Donde pocas horas antes se oian los gritos estridentes de los bolsistas, que forman verdadero y extraño aquelarre, oíanse entonces diversos gritos políticos. «Se toca á generala» dicen unos. «Todos los oficiales á sus puestos.» Gritan otros. «Cuidado con la reaccion.» Los de un lado. «Los batallones de la guardia movilizada de Ille-et-Vilame van contra la Casa de la Ciudad. ¿Lo consentireis vosotros exclaman los más exaltados? Pero en la inmensa mayoría, en el conjunto casi de Guardia nacional se observa mucha mesura política y profundo terror á la revolucion tumultuosa.

Cuando un ciudadano se lanza á la tribuna y lee un decreto de convocatoria de elecciones para nombrar al dia siguiente la Comunidad de París los guardias nacionales dicen la palabra, que contiene verdaderamente toda la situacion diciendo: queremos una Comunidad elegida, no queremos una Comunidad

revolucionaria. Cuando el valiente, y más tarde mártir Rochebrune desarrolla un plan de ataque á los prusianos, algunas voces dicen que lo nombren general en jefe de la Guardia nacional.

«Ya comprendereis, dice el valerosísimo revolucionario, que no aceptaria este puesto sino de la Comunidad de París.»

—«Está nombrada» grita un gárrulo interruptor.

—Se ha nombrado á sí misma; y no queremos tales nombramientos. Dicen los guardias nacionales.

—Pues ya es cosa hecha, añade el interruptor.

—Citadnos los nombres, dicen los guardias nacionales.

—Dorian.

—Bien, bien, los guardias.

—Pyat.

—Tal cual, los guardias.

—Ledru-Rollin, Blanqui.

—Fuera, fuera. Esos dos perdieron la República de 1848. Esos dos perderán la República de 1870. (*Tumulto extraordinario.*)

—Viva la Comunidad revolucionaria, gritan algunas voces.

—Nada de Comunidad revolucionaria, fuera la Comunidad revolucionaria, abajo la Comunidad revolucionaria, gritan los más.

—Ciudadanos oficiales, grita uno que viene de la Casa de la Ciudad, el batallon número 106, acaba de poner en libertad al gobierno reaccionario que habia sido arrestado por expresa orden del pueblo. ¿Consentireis que un sólo batallon imponga su voluntad á toda la Guardia nacional?

—Ha cumplido con su deber, gritan á una casi todos los oficiales de la Guardia nacional.

—Se ha querido, dice otro ciudadano, derribar á Trochu. Más ¿por quién lo sustituyen? Necesitamos un general, un hombre del oficio. Y no se improvisa un general. Si ha desmerecido, que se examine su conducta, y se

le destituya. Pero no se le derribe por medios revolucionarios. (*Grandes aplausos.*) Todo el mundo puede cometer faltas. Pero tratándose aquí de un bravo y leal ciudadano pido que se le mantenga en su puesto. (*Si, si. Una tempestad de aplausos.*) No podemos quedar sin jefes en frente de los prusianos. (*No, no. Viva el gobierno. Abajo la Comunidad revolucionaria.*)

Con sólo enterarse de lo que pasaba en la Bolsa podia el nuevo gobierno persuadirse de que tenia completamente perdida la jugada. Si en breve instante pudo apoderarse del gobierno y del sitio donde el gobierno estaba, pronto la reaccion de los ánimos habia protestado contra semejante descabellada tentativa. Cuando los batallones bretones brotaron bajo el suelo como comparsas de ópera cómica á los ojos espantados de Flourens, la reaccion estaba hecha y consumada en toda la ciudad. Sólo al verlos, sólo al oír sus voces de fuego y de mando pudieron persuadirse los revolucionarios de que su intentona habia sido temeraria, de que su Comunidad perturbadora, de que su gobierno fugaz, de que sus medios estériles, no quedándoles otro recurso sino acudir á una especie de honrosa transaccion, por la cual presos y carceleros quedaban libres, que todos eran necesarios en aquella tremenda y suprema lucha por la libertad, por la patria, y por la República.

Así concluyó aquel primer aborto de la Comunidad revolucionaria. Despues vino otro dia terrible, el dia de la proclamacion del armisticio, el dia veintidos de Enero. Acababan de pasar cosas espantosas. La última salida de los sitiados contra los sitiadores fué intentada. La batalla en los primeros momentos era favorable á los franceses.

Las líneas prusianas estaban rotas, muchos de sus batallones envueltos, la Guardia nacional de París victoriosa. Si el general Ducrot hubiera llegado á tiempo, la batalla se gana, y quizá París se salva. Pero tres horas de tardanza en Ducrot hicieron que inmenso

golpe de prusianos cayera sobre los pobres franceses, y los diezmara horriblemente. Allí murieron muchos y nobilísimos patriotas á quienes guardará eterno agradecimiento Francia y eterno lauro la historia. Esta última suprema batalla fué la conocida con el nombre de la batalla de Montretout. Y como diera por resultado una derrota, acabó de exaltar al pueblo de los barrios extremos contra el gobierno de la Casa de la Ciudad.

Julio Favre habia prometido que se nombraria una Comunidad de París el dia dos ó tres de Noviembre, y lo que se hizo fué buscar en solemne plebiseito la confirmacion del gobierno de la defensa nacional. Habia prometido tambien que los promovedores del motin de treinta y uno de Octubre, y los invasores de la Casa de la Ciudad, no serian molestados, y fueron perseguidos. Entre los presos y encerrados en Mazas, se encontraba Flourens, á quien los electores de Belleville habian elevado al cargo de teniente alcalde de su distrito. Al dia siguiente de Montretout, sus electores, armados, fueron á la prision que llamaban la nueva Bastilla, y libertaron á viva fuerza á su jefe, llevándolo de allí en triunfo á su alcaldía, donde se preparó á la defensa. Al dia siguiente, veintidos de Enero, se presentaron delante de la Casa de la Ciudad, grupos de ciudadanos en ademan hostil. Unos dicen que los grupos dispararon contra los movilizados que estaban en la Casa de la Ciudad; otros dicen lo contrario. Pero sea de ello lo que quiera, la verdad es que los movilizados bretones dispararon desde las ventanas, que muchos ciudadanos cayeron muertos, que entre ellos se encontró el pobre escritor Sapia, que algunas barricadas se levantaron, que algunos vivas á la deseada institucion se dieron, y que bajo las frias cenizas de aquellos supremos instantes quedó con todo su calor el rescoldo revolucionario.

El partido republicano histórico se gastó en la empresa imposible de enderezar los entuertos de veinte años de Imperio y contrastar

sin fuerzas organizadas una formidable invasión perfectamente dirigida. En esta situación falsísima asumió la responsabilidad de todas las faltas, de todos los errores, de todos los crímenes, que fueron universalmente imputados á la República. Desvaneciase la sombra del tirano y los que habian querido salvar su patria del diluvio de males lanzado por aquellas horribles manos, fueron los primeros en

perderse y deshonrarse tristemente en una obra meritoria, patriótica, pero superior, muy superior á todo humano esfuerzo. Reaccionarios y rojos convinieron á una en la idea injusta de atribuir al Gobierno de la defensa nacional todas las desgracias. Este error habia de traer aun sobre la desdichada Francia mayores calamidades y desastres.

CAPITULO LXXXVIII.

CAUSAS OCASIONALES DE LA COMUNIDAD REVOLUCIONARIA DE PARIS.

Los horrores del sitio habian materialmente trastornado el seso á la gran ciudad. Algunos médicos pretenden que existia en París á la sazón una verdadera locura material. Los alimentos escasos y malos; necesariamente defectuoso el abrigo y pobre la calefacción; generales y arraigadas las preocupaciones que embargaban los ánimos y descomponian los nervios; muchos los dolores físicos y más aun los dolores morales; pocos, escasos los consuelos; el trabajo y la fatiga cada día más intensos; la esperanza de triunfo cada día más débil; guardias al aire frigidísimo de las largas noches de crudo invierno en las murallas, y desolacion al volver á casa; el hielo en la atmósfera y el calor moral en los cuerpos debilitados que estallaban á las emociones diarias; de los ejercicios y de las batallas á los clubs donde en veinte días de fiebre querian desquitarse de veinte años de silencio y tronaban contra toda autoridad y contra todo poder; el mal cebándose hasta en las más indefensas y más inocentes criaturas, en aque-

llas mujeres que iban medio desnudas y descalzas, resbalándose sobre el hielo de las aceras, á las puertas de las carnicerías y de las panaderías, desde las cuatro á las diez de la mañana, á recoger con mano avara una piltrafa ó un mendrugo, en aquellos niños que se demacraban de frío y de hambre por las abandonadas boardillas; las baterías con su estrépito; las bombas y granadas con sus estragos; la muerte en el hogar, la muerte en la calle, la muerte en las fortalezas, la muerte en todas partes, paseando su lívida sonrisa entre dos millones de seres, alargando sus alas de murciélago sobre aquella inmensa ciudad como sobre su nido; todo este conjunto de horrores, devorados durante cuatro largos meses, podian explicar, explican ciertamente la exaltacion de París, los cambios bruscos de la debilidad al heroísmo, del descorazonamiento al sacrificio, del crimen á la utopia, que forman como el fondo de aquella colosal embriaguez, sin ejemplo en la historia, á cuyos vapores fué posible el inmenso vértigo que se